

NO ES SOLO LITERATURA, ES PASIÓN

Por Manuel Vilas

Uno

Sé que moriré sin leer muchos libros que me habrían salvado la vida. Se quedarán perdidos, sepultados, escondidos, en el caos de mi biblioteca o de otras bibliotecas.

Me quedan muchas novelas de Dickens, de Galdós, de Dostoievski por leer. No he leído todo lo que escribieron los griegos y los romanos. Miles de libros sin leer, libros que me persiguen con su sombra violenta.

Muchos amigos me hablan de libros que no he leído y me enfurezco. No caben tantos libros en la vida de un hombre, pues también tengo que vivir, comer, hacer la compra, trabajar, envejecer y amar. Sobre todo, amar.

Cada vez que salgo de viaje pongo más libros en la maleta, pero como si eso no fuera bastante, compro libros en las ciudades a las que viajo.

¿Cuántos años necesitaría vivir un ser humano para poder leer solo los libros más relevantes que han sido escritos?

Hay un compromiso ético de la persona que lee libros, es un compromiso que busca la redención del pasado. Antes que nosotros, antes que este presente, hubo escritores que amaron la vida. Leer lo que escribieron es tenderles una mano, para que

regresen al mundo, para absolverlos de la muerte, de la oscuridad, de la extrema insignificancia y de la nada que a todos nos esperan.

Nadie sabe qué obras de la Antigüedad clásica se perdieron en la inmensidad de la noche y del tiempo. No he leído a Aristófanes, tampoco a Sófocles, pero sí a Homero, sí a Heródoto, y eso me consuela. Me faltan páginas y páginas de William Faulkner. Me voy olvidando de las tragedias de Shakespeare que leí cuando tenía 20 años. Me olvido de lo que leí y me acuerdo de los lomos apenas entrevistados de los libros que nunca leeré. Porque los seres humanos morimos sin haber leído el libro que fue escrito para nosotros, porque no lo supimos encontrar, o nos perdimos en libros que no eran ese libro.

La vida es un libro, y un libro es un objeto que puede convertirse en un cuerpo, y un cuerpo siempre es erotismo. Los libros son eróticos en sí mismos, en su materia, en su gravedad: pesan, ocupan espacio, tienen tapas, tienen encuadernación, huelen, son visibles, envejecen, son susceptibles a la humedad, acaban oliendo como sus amos, parecen lebreles, gatos, parecen dioses, o momias, o ruinas.

Los escritores que escribieron antes que nosotros y a quienes llamamos “los clásicos” fueron gente como nosotros. Sufrieron mucho más que nosotros. También los clásicos esperan de nosotros una mirada enamorada. Es bueno que reverencemos sus obras, que admiremos sus grandes invenciones literarias, pero yo creo que ellos, estén donde estén e incluso aunque no estén en ningún sitio y sean solo nada, polvo, ceniza, seguro que agradecen que los amemos. Porque hay un punto misterioso de la literatura que invoca el amor.

El poeta español del siglo XVII Luis de Góngora temía la corrupción de la belleza a manos del tiempo. El mismo temor que él tuvo lo tengo yo ahora, a cada segundo de mi vida. Góngora murió, pero sus sonetos a la belleza perseguida por el tiempo perduran en nosotros, perduran en mí.

El poeta chileno Pablo Neruda pensó que la materia y los cuerpos humanos estaban destinados a la plenitud.

El poeta estadounidense Walt Whitman pensó que todos los hombres están llamados a la alegría. Pensó que la alegría estaba en el aire, en las montañas, en el mar, en los labios, en la lengua, en las manos, en los ojos, en la fraternidad política, en la democracia.

Sin la poesía, el mundo sería demasiado pobre.

Si Franz Kafka se levantara de la tumba, se volvería loco al contemplar que su vida y su obra se han convertido en una de las referencias literarias más importantes de la historia de la cultura occidental.

¿Qué pensaría Kafka del Kafka a quien todos leemos y amamos?

¿Qué pensaría Kafka del adjetivo kafkiano con que calificamos nuestros desórdenes mentales y nuestras insatisfacciones y nuestros delirios más íntimos? Probablemente, se sentiría víctima de un malentendido kafkiano.

Para huir del tiempo y de la muerte, para olvidar sea solo por un instante que todos los escritores a quienes llamamos clásicos están muertos aunque sus obras perduren, y para olvidar también que no encontraríamos ningún escritor universal que no estuviera dispuesto a cambiar su fama póstuma por una hora más de vida, o por un minuto más de vida, o por un solo segundo más de vida, quisiera hablar y homenajear a los lectores.

Quisiera celebrar las mil razones, todas diferentes, que mueven a un hombre o a una mujer a buscar un libro. Yo he mirado mucho a los ojos de mis lectores. Porque cada uno de ellos tiene una vida que trata de entender a través de los libros, que trata de ensanchar o de exaltar con el auxilio de una novela, de unas memorias, de un ensayo, de unos poemas.

Hay algo que es común a un escritor y a un lector: la necesidad de enfrentarse al misterio de la vida. Por eso escribe un escritor, y por eso lee un lector. Eso seguimos buscando en los clásicos: el misterio de la vida. Por eso seguimos leyendo a Franz Kafka, que es el escritor que más me ha influido, porque me enseñó a mirar el misterio de la vida, y a mirarlo en toda su vastedad, su complejidad e incluso en toda su malignidad y en toda su comicidad.

Un escritor es una soledad con forma de libro. Un lector es una soledad encerrada en unas manos que abren un libro. Cuando un lector abre ese libro, colisionan las dos soledades, colisionan dos misterios.

Necesitamos, como lectores, que un libro nos revele el mundo.

Un libro te puede encender el alma, ese es el secreto.

Que te enciendan el alma es como un beso que te manda la vida. Un libro puede recordarte que existe la belleza. Un libro puede recodarte que ser libre es posible. Un

libro puede hacer que te enamores de ti mismo. Hay que buscar el libro que resuelva tu vida.

Yo llevo buscando ese libro años y años. Por eso sigo leyendo, a la búsqueda del gran tesoro que en unas páginas claras, sencillas y breves haga resonar en mi alma la campana de la alegría.

Buscamos la alegría en los libros. Yo la busco. Los libros no existen en sí mismos, solo son puentes hacia la vida, hacia la vida de los lectores.

Si estás enamorado de un hombre o de una mujer, los libros adornan ese amor. Si estás contemplando cómo el tiempo de tu vida se marcha, los libros te acarician en el adiós. La altísima belleza de la vida no podemos callarla, por eso se inventó la literatura, por eso existen los clásicos de la literatura. Por eso existen Dante, Cervantes, Shakespeare, Proust, Whitman, Faulkner, Kafka, y Tolstoi, entre otros muchos.

Dos

Hace más de veinte años escribí este poema en prosa, que se titula “Literatura” y dice así:

Los pisos praguenses en que vivió Franz Kafka, y sus corbatas negras y sus sombreros y sus zapatos. El pelo enjuto de James Joyce, cuya mano quemó Dublín. El alcoholismo de William Faulkner. La esposa de Shakespeare, vieja y adúltera. Los ojos verdes y estrábicos de la enfermera jefe de la clínica en que murió Nietzsche. La mano de mujer que cogió los botines de piqué de Ramón María del Valle-Inclán y los arrojó por la ventana. La sífilis saltarina que Gustavo Adolfo Bécquer paseó por Madrid. La sífilis idéntica pero paseada por París de Charles Baudelaire. El padrenuestro que reza el fantasma de Rimbaud en una morgue de Marsella y Dios que se hace el sordo. El padrenuestro que reza Jorge Manrique antes de soltar la mano de su padre muerto. La risa de Quevedo mientras evacúa en una esquina de Madrid, en tanto rebota el mundo en su vesícula como una piedra verde. La madre con gota de Flaubert. La autopsia de Larra, su joven cerebelo. La carne de la máscara de Fernando Pessoa. La foto del padre de Dostoievsky en la billetera de Lenin. La cabeza muy grande de Rubén Darío, tan grande como su miedo. Las sopas de ajo que marea todas las noches el Manco de Lepanto con la mano buena mientras se mira con discreción la mano ausente. Los cien kilos secos que Oscar Wilde exhibe por los cafetines de París con orgullo marchito. La mano que aúlla de Pablo Neruda. El cadáver de Cela servido con

guarnición de ministros. El gran desfile de la soledad de todos los tiempos, la soledad y sus palabras, la literatura.

Sigo estando de acuerdo con el escritor que fui y con lo que dije en el poema citado, porque todos estamos solos. Están solos los escritores y están solos los lectores. También están solos los planetas, las estrellas, los agujeros negros, la luna y el sol.

Parece una condición elemental de todo cuanto existe. No podemos trascender lo que somos, el cuerpo en el que vivimos, la frontera de nuestra piel. Pero sí podemos adornar nuestra soledad con palabras, con libros, y a través de las palabras nos tocamos la cara los escritores y los lectores.

La materia no tiene palabras, los seres humanos sí poseemos palabras.

Puede haber un momento de dolor insuperable en la vida de un escritor, cuando un buen día descubre que la literatura no es suficiente. Creo que eso fue lo le pasó a Virginia Woolf, a Cesare Pavese y a Ernest Hemingway, por citar tres ejemplos entre una vasta legión de grandes nombres de la literatura que padecieron una soledad tan irredimible como mortífera.

Quisiera contarles ahora, para terminar, una historia del corazón, de mi corazón.

No sé muy bien, y me temo que ya nunca lo sabré, el motivo por el cual mi padre compró a principios de los años sesenta del siglo pasado una colección de grandes obras de la literatura universal. En esa colección había varios tomos de Dante, Cervantes, Dostoievski y Kafka. Desde niño esos volúmenes presidieron mi infancia, y me intrigaban tanto como me resultaban lejanos e incomprensibles.

Creo que mi padre compró esos libros pensando en su hijo primogénito, es decir, en mí. A mi padre lo quitaron de la escuela a los 12 años y no pudo estudiar.

¿Por qué compró esos libros si la dificultad manifiesta de su lectura iba a impedir que los leyera? Mi padre no leyó ni a Dante ni a Cervantes ni a Kafka. No tenía recursos culturales ni formación para leerlos. No los tenía porque fue una víctima de la Guerra Civil española y no tuvo la oportunidad de estudiar. Su padre, mi abuelo, fue represaliado por el franquismo y después de la guerra fue condenado a 20 años de cárcel por el delito de haber colaborado con la República. Cuando salió de la cárcel fue declarado persona non grata por el alcalde de mi pueblo, que era franquista, católico,

devoto de la virgen del Pilar, cristiano a más no poder, amigo del obispo a más no poder, falangista de pro y sobre todo devotísimo de la desgracia ajena.

Desolado, desvalido, atemorizado, triste, enfermo, muy enfermo de tristeza y de soledad, mi abuelo murió al poco de salir de la cárcel.

Mi padre pensó que su hijo viviría otro momento de la historia de España, un momento mejor, un momento en donde hubiera igualdad de oportunidades. Ahora hablamos del derecho a la igualdad de oportunidades como algo indiscutible, innegociable. Sin embargo, es un derecho reciente en la historia, y en el caso de España, es un derecho que tiene unos 40 años de existencia real.

Y así fue, yo tuve acceso a una educación superior, y fui yo quien acabó leyendo esos libros que mi padre compró a principios de la década de los años sesenta. Tuvieron que esperar más de 20 años para ser leídos. Aún tenían el celofán original, un celofán que aguantó dos décadas hasta que llegaron mis manos de joven curioso para rasgarlo y acceder a esas páginas.

Desde entonces, esos libros son la joya más preciada de mi biblioteca. Solo son ocho volúmenes, pero en esos ocho volúmenes mi padre me legaba un tesoro, el tesoro de la condición humana. Y me decía, a través del tiempo, que me quería.

Mi padre pensó que esos libros tal vez me ayudasen a no morir de tristeza y de soledad, como murió mi abuelo.

Y para eso sirve la literatura, al menos la que yo intento escribir. Sirve para convertir la vida en pasión. No hay nada más peligroso que la pasión y no hay nada más triste que vivir la vida sin pasión.

La literatura sirve para que nos amemos más, y al amarnos más a nosotros mismos, nos enamoremos con más fuerza de la vida y de quienes nos acompañan en esta inconmensurable aventura de vivir y de existir y de ser libres.

MANUEL VILAS

Venecia, 15 de septiembre de 2025